

810
H.

PQ 2285
L6.
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*
ES PROPIEDAD DEL EDITOR
*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

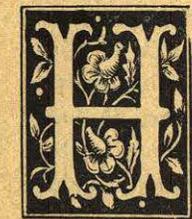
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipolit. Seix, S. Agustín, 1 à 7, Barcelona (Gracia).—Teléfono 3.541



OBJETO DE ESTA PUBLICACIÓN

Marzo de 1834



Hay en la vida de todo escritor concienzudo un instante en que comprende la necesidad de contar con lo pasado, de clasificar, ordenar y fechar las diversas improntas que ha tomado de la forma de su espíritu en diferentes épocas, de coordinar, dejándolas francamente en plena luz, las contradicciones más bien superficiales que radicales de su vida, y mostrar, si es del caso, por qué relaciones misteriosas é íntimas, las ideas, divergentes en apariencia, de su primera juventud, se reúnen al pensamiento único y central que se ha desprendido poco á poco del medio de ellas y que ha concluído por reabsorberlas á todas.

Generalmente, esa clase de exámenes de conciencia, cuando se hacen con buena fe y candor, producen libros del género del presente.

Estos dos tomos, en efecto, no son otra cosa más que la colección de todas las notas que el autor, en el camino literario que ha recorrido ya, ha escrito aquí y allí, sin

detenerse, desde hace quince años. Este libro, que no puede ofrecer algún interés sino á las personas á quienes agradaría ver de qué manera y hasta qué punto puede transformarse un espíritu leal por la crítica de sí mismo, en nuestros tiempos de revolución social é intelectual, este libro es el complemento necesario y natural de la serie de obras del autor. Cada una de las secciones que contiene, corresponde á uno de los términos de esa serie; cada uno de sus trozos ha sido escrito al mismo tiempo que alguna de las obras que la componen, y representa, para quien sabe ver con claridad, el mismo grupo de ideas. Así el *Diario de un jacobita de 1819* corresponde á la época de *Han de Islandia*, el *Diario de un revolucionario de 1830* es del tiempo de *Nuestra Señora de París*. Consultando las fechas que se ha tenido cuidado de colocar al frente de todos esos fragmentos, los lectores que se complacen en esta clase de comparaciones, hasta cuando se trata de obras tan poco importantes como la presente, podrán ver fácilmente á cuál obra del autor, á qué momento de *su manera*, á qué fase de su pensamiento acerca de la sociedad y del arte se refiere cada una de las divisiones de este libro. Estos dos volúmenes son acotaciones de todos los demás y los reflejan. Se hallan en ellos, desde 1819 á 1834, en una escala más rápida, pero que no tiene menos peldaños, todos los cambios sucesivos de estilo y de pensamiento, todas las modificaciones de opinión y de forma, todos los engrandecimientos de horizonte político y literario que las personas que quieren seguir el desarrollo de su espíritu han podido observar subiendo la serie total de sus obras.

Esos cambios, esas modificaciones, esos engrandecimientos, ¿serán decadencia, como se ha dicho? ¿Serán progreso, como él lo cree? Plantea la cuestión; hace la pregunta; el lector decidirá.

Lo que no puede ofrecer dudas para nadie, así lo espera á lo menos, es el completo desinterés que ha presidido á las modificaciones de esas opiniones. Los parisinos no se arrojan sino delante del sol; él sólo se arroja ante la verdad.

Somete y entrega esta colección al público con entera franqueza, con absoluta confianza. En tiempos como los que hemos alcanzado, en que los acontecimientos hacen cambiar con tanta rapidez el aspecto de las doctrinas y de los hombres, ha pensado que no sería quizás un espectáculo falto de enseñanzas, el desenvolvimiento de un espíritu serio y recto que no se ha visto aún mezclado directamente en ninguna cosa política y que ha cumplido en silencio ó realizado todas sus revoluciones sobre sí mismo, sin más objetivo que la satisfacción de su conciencia. Esto es, pues, ante todo, una obra de probidad. El primero de estos dos volúmenes sólo contiene dos divisiones; una se intitula: *Diario de las ideas, de las opiniones y de las lecturas de un joven jacobita de 1819*; el otro: *Diario de las ideas y de las opiniones de un revolucionario de 1830*. De qué modo y por cuál serie de experiencias sucesivas el jacobita de 1819 se ha convertido en revolucionario de 1830, es cosa que el autor escribirá quizás algún día; y esta modesta *Historia de las revoluciones interiores de una opinión política honrada* no será probablemente un apéndice inútil de la grande historia de las revoluciones generales de nuestro tiempo. ¿Por qué, en efecto, no poner en parangón más á menudo de lo que se hace hoy, las revoluciones del individuo con las revoluciones de la sociedad? ¿Quién sabe? La cosa pequeña da claridad, algunas veces, á la grande. Mientras intenta ese trabajo que es á un tiempo mismo psicológico é histórico, individual y universal, cree deber publicar como documento, y absolutamente tal cual fueron escritos cada uno en su época, estos dos *diarios de ideas*, uno de 1819, el otro de 1830, hechos ambos por el mismo hombre, y, sin embargo, tan diferentes.

No hay que buscar hechos en esos diarios. No los hay. Lo repetimos, son ideas. Ideas en estado de germen, en el primero; en estado de desarrollo y expansión, en el segundo.

El más antiguo de esos dos diarios, sobre todo el que comprende las doscientas primeras páginas de este tomo,

necesita ser leído con excesiva indulgencia y sin que el lector pierda un solo instante de vista la fecha de 1819. El autor lo ofrece aquí, no como obra literaria, sino como asunto de estudio y de observación para los espíritus atentos y benévulos que no desdeñan buscar en lo que balbucea un niño los rudimentos del pensamiento de un hombre. Y con ese objeto, á fin de que esta parte del libro tenga á lo menos el mérito de presentar una base sincera para estudios de ese género, se ha cuidado especialmente de imprimirla sin cambiar nada, tal cual fué recogida, ya en publicaciones de la época hoy olvidadas, ya en legajos de notas manuscritas. Esta colección representa durante dos años, desde los diez y seis á los diez y ocho, el estado de ánimo del autor, y, por asimilación, todo cuanto una muestra tan incompleta puede permitirlo, el estado de ánimo de una fracción bastante notable de la generación de aquel tiempo. Precisamente porque generalizándolo de ese modo puede ofrecer, hasta cierto punto, esta clase de interés, se ha creído que no era quizás enteramente inútil ofrecerlo al público. Colocándose en ese punto de vista, cuanto contiene este *Diario de las ideas* de un realista adolescente de hace quince años, adquiere, á falta del valer biográfico que sólo un nombre de mayor importancia al frente de este libro podría procurarle, ese género de valer histórico que va unido á todos los documentos honrados donde se encuentra la fisonomía de una época, vengan de donde vinieren. Hay toda clase de cosas en este diario. Es el perfil medio borrado de todo lo que nos figurábamos en 1819. Es, como en nuestros cerebros de entonces, el diálogo de todos los contrarios. Hay en él investigaciones históricas y ensueños, elegías y folletines, crítica y poesía; ¡pobre crítica!, ¡pobre poesía, sobre todo! Hay versos ligeros y versos lacrimosos; honorables y furiosas declamaciones contra los asesinos de los reyes; epístolas en las cuales los hombres de 1793 son arañados con epigramas de 1754, especie de pequeñas sátiras sin poesía que caracterizan bastante bien el realismo volteriano de 1818, color perdido hoy, que no existe ya entre nosotros. Hay proyectos ó, me-

por dicho, sueños de reformas para el teatro y deseos de inmovilidad para el Estado; todos los estilos que se ensayan á la vez, desde el sarcasmo del libelo, hasta la ampulosidad oratoria; todas las especies de instintos clásicos puestos al servicio de una idea de innovación literaria; argumentos de tragedias hechos en el colegio; planes de gobierno hechos en la escuela. Todo esto va, viene, adelanta, retrocede, se mezcla, se codea, se empuja, se contradice, se disputa, crece, duda, va á tientas, niega, afirma, sin objetivo visible, sin orden exterior, sin ley aparente; y, sin embargo, en el fondo de todas esas cosas, así lo creemos por lo menos, hay una ley, un orden, un objeto. En el fondo, lo mismo que en la superficie, hay lo que hará perdonar al autor la insuficiencia del talento y la falibilidad de espíritu, rectitud, honor, convicción, desinterés; y en medio de todas esas ideas contradictorias que brotan á la vez en ese caos de ilusiones generosas y de preocupaciones leales, bajo la ola más obscura, bajo la aglomeración más desordenada, se siente apuntar y moverse un elemento que se asimilará algún día á todos los demás, el espíritu de libertad, que los instintos del autor aplicarán primero al arte, luego, por un irresistible arranque de lógica, á la sociedad; de manera que en él, en un tiempo dado, ayudadas, es cierto, por la experiencia y la cosecha de los hechos diarios, las ideas literarias corregirán las ideas políticas.

Tal cual es, pues, ese *Diario de un joven jacobita de 1819* no nos parece desprovisto de significación, aunque sólo fuese por la especie de semiclaridad que flota sobre todas esas ideas bosquejadas, luz indecisa compuesta de dos rayos opuestos que proceden, uno de poniente, el otro de oriente, crepúsculo del monarquismo político que concluye, aurora de la revolución literaria que comienza.

Inmediatamente después de ese *Diario de las ideas de un realista de 1819*, el autor ha creído deber colocar lo que ha titulado: *Diario de las ideas de un revolucionario de 1830*. En once años de intervalo, el mismo espíritu queda transformado. El autor piensa que todos aquellos

de nuestros contemporáneos que, de buena fe, realicen igual *repliegue* sobre sí mismos, no hallarán modificaciones menos profundas en su pensamiento, si tuvieron la cordura y el desinterés de dejarle en libre desenvolvimiento frente á los hechos y á los resultados.

En cuanto á este último resultado en sí mismo, he aquí cómo se ha formado. Después de la revolución de Julio, durante los últimos meses de 1830 y los primeros meses de 1831, el autor recibió de la conmoción que los acontecimientos daban entonces á todas las cosas, tales impresiones, que le fué imposible no dejar traza de ellas en alguna parte. Quiso comprobar, dándose cuenta de ello en el acto, de qué manera y hasta qué profundidad cada uno de esos hechos más ó menos inesperados que se sucedían, perturbaba el conjunto de ideas políticas que había reunido gota á gota desde hacía diez años. A medida que un hecho nuevo desprendía en él una idea nueva, tomaba nota, no del hecho, sino de la idea. De ahí ese diario.

Se ha creído deber dar el título de *diario* á las dos divisiones que forman el primer volumen de este libro, porque ha parecido que de todos los títulos posibles, era el que le cuadraba mejor. Sin embargo, con el objeto de que no se busque nada en este libro fuera de lo que contiene, y que no se espere hallar en esos dos diarios una relación ó pintura histórica, ó biográfica, ó anecdótica, con curiosidades, particularidades y nombres propios, del año de 1819 y del año de 1830, insistimos acerca de este punto, que esos dos diarios contienen, no los hechos, sino la resonancia de los hechos.

La formación de la segunda parte de esta colección no necesita más que algunas palabras para explicarse por sí misma.

Es una serie de fragmentos escritos en diversas épocas, y publicados en su mayor parte en colecciones y revistas de la época en que fueron escritos. Esos fragmentos están dispuestos por orden cronológico; y aquellos lectores que, al leer cada escrito, se sirvan tener presente la fecha que

lleva, podrán observar de qué manera la idea del autor va madurando de año en año en la forma y en el fondo, desde el estudio sobre Voltaire, que es de 1823, hasta el estudio sobre Mirabeau, que es de 1834. Eso es quizás la única cosa que llama la atención en el referido volumen, en cuya composición no se ha mezclado ningún arreglo artificial, ya empiece con el nombre de Voltaire y acabe por el de Mirabeau. Esto demostraría, si no hubiese muchos otros ejemplos, junto á los cuales no merece éste la pena de tenerse en cuenta, hasta qué punto el siglo décimo octavo preocupa al décimo nono. Voltaire es, en efecto, el siglo décimo octavo, sistema; Mirabeau, es el décimo octavo, acción.

El primero de estos dos volúmenes comprende once años de la vida intelectual del autor, desde 1819 á 1830. El segundo contiene igualmente once años, desde 1823 á 1834. Pero como una parte de ese segundo tomo corresponde al intervalo de 1819 á 1830, los dos tomos reunidos únicamente ofrecen, bien ó mal, el movimiento de las ideas de quien los ha escrito en un período de quince años, desde 1819 á 1834.

No haremos ninguna observación acerca de las modificaciones del estilo y de la *manera* como la crítica podrá anotarlas de estación en estación. El espíritu de todo escritor progresivo debe ser como el plátano, cuya corteza se renueva á medida que el tronco se desarrolla.

Para concluir con lo que hemos de decir de este libro, si se nos pidiese que le caracterizásemos con una palabra, diríamos que es una especie de herbario donde el autor ha depositado, con marbeté, una muestra de sus diversas y sucesivas efflorescencias.

Compare el lector de buena fe, y juzgue si la ley, según la cual se ha desarrollado esa idea, ese pensamiento, es buena ó mala.

Ahora se encontrarán quizás espíritus benévolos y serios que preguntarán al autor cuál es la fórmula actual de sus opiniones acerca de la sociedad y del arte.

Le falta aquí espacio para contestar á la primera de esas

dos preguntas. Sería preciso, para ello, escribir un libro entero; lo escribiré oportunamente. Materias tan graves, requieren ser tratadas á fondo y no serían útilmente discutidas en un prefacio. Las pocas páginas que nos quedan dividirían el pensamiento del autor sin provecho, pues sería imposible desprender, para proporciones tan exiguas, nada acabado, organizado y completo de un bloque de ideas donde todo está unido y hecho en conjunto. De cualquier medio de que nos valiésemos, habría siempre aferencias laterales, acerca de las cuales sería necesario explicarse, cosas puramente afirmadas por falta de margen para demostrarlas, preliminares que se suponen admitidos, consecuencias truncadas, otras ramificadas de un modo demasiado estrecho; en una palabra, tangentes y secantes cuyos extremos pasarían de los límites de este prefacio.

Mientras puede desarrollarse completamente y con holgura en un escrito especial, el autor cree poder decir desde ahora que, si bien el *Diario de un revolucionario de 1830* contiene muchas cosas radicalmente ciertas según él, su pensamiento político actual se halla, sin embargo, mejor representado por las últimas páginas del segundo de estos dos volúmenes que por las últimas del primero. Si alguna vez, en ese gran concilio de las inteligencias donde se agitan, desde la prensa hasta la tribuna, todos los intereses generales de la civilización del siglo diez y nueve, obtuviese la palabra, él, tan pequeño ante cosas tan grandes, la tomaría en el orden del día únicamente, y sólo pediría una cosa para comenzar: la substitución de las cuestiones sociales á las cuestiones políticas.

Bosquejado ya así su intento político, cree poder contestar con más pormenores á las personas que le preguntasen acerca de su intención literaria. En eso puede ser comprendido pronto y más fácilmente; todo cuanto ha escrito hasta hoy sirve de comentario á sus palabras. Permítansele, pues, algunos desenvolvimientos sobre un asunto más importante de lo que se piensa generalmente. Cuando se cava y ahonda en el arte, al pri-

mer golpe de azadón se entra en las cuestiones literarias; al segundo, en las cuestiones sociales.

El arte está hoy en buen punto. Las disputas de las palabras han dejado su puesto al examen de las cosas. Los nombres de guerra, los mote de partido, no tienen significación para nadie. Los calificativos de *clásicos* y de *románticos*, que el que escribe estas líneas se ha negado siempre á pronunciar en serio, han desaparecido de toda conversación sensata tan completamente como los ubi-quitarios y los antipedobaptistas. Pues bien, ya es de por sí un gran progreso en una discusión que las palabras de partido estén fuera de combate. Mientras sólo se está en la batalla de las palabras, no hay medio de entenderse; es una confusión furiosa, encarnizada, ciega. Esta batalla, que durante tanto tiempo ha ensordecido á nuestra literatura en los últimos años de la restauración, ha concluído hoy. El público comienza á distinguir claramente el contorno de las cuestiones reales durante demasiado tiempo ocultadas á la vista por el polvo que la polémica levantaba á su alrededor. El pugilato de las teorías ha cesado. El terreno del arte no es ya un circo, sino un campo. No se lucha, se trabaja, se ara.

En nuestro concepto, la victoria corresponde á las nuevas generaciones, que han tomado grandemente posiciones en todas las artes. Procuraremos quizás algún día caracterizar el punto preciso á que han llegado en las diversas formas, poesía, pintura, escultura, música y arquitectura, é indicaremos por qué progresos y según qué ley nos parece debe operarse la fusión entre los aspectos distintos de las nuevas escuelas, ya sea que busquen más especialmente el *carácter*, como los góticos, ó el *estilo*, como los griegos.

Mientras tanto, el impulso está dado, la marea sube. Las doctrinas de la libertad están sembradas en el arte entero. El porvenir cosechará.

No es que nosotros, más que otros, creamos el arte perfectible. Sabemos que no se traspasará lo hecho por Fidias ó por Rafael. Pero no declaramos, moviendo tristemente la cabeza, que sea para siempre imposible igua-

larios. No penetramos así en los secretos de Dios. El que creó aquéllos, ¿no puede crear otros? ¿Por qué querer detener al espíritu humano? Todas las épocas le convienen, todos los climas son buenos para él. La antigüedad tiene á Homero, pero la Edad media tiene á Dante, á Shakespeare y las catedrales en el Norte, y la Biblia y las pirámides hacia el Oriente.

Y, ¡qué época la nuestra! Lo hemos dicho ya en otra parte y más de una vez: el corolario riguroso de una revolución política, es una revolución literaria. ¿Qué queréis que le hagamos? Existe algo fatal en ese perpetuo paralelismo de la literatura y de la sociedad. El espíritu humano no camina con un solo pie. Las costumbres y las leyes se vienen abajo primero; el arte sigue. ¿Por qué cerrarle el porvenir? Las magníficas ambiciones hacen realizar grandes cosas. ¿Acaso el siglo que fué bastante grande para tener su Carlomagno, sería demasiado pequeño para tener su Shakespeare?

Creemos, pues, firmemente en el porvenir. Se ven aún flotar aquí y allí en la superficie del arte algunos restos de las viejas poéticas desmanteladas, que ya hacían agua por todas partes diez años atrás. Se ven también algunos obstinados que se aferran á eso. *Rari nantes*. Los compadecemos. Pero tenemos la vista en otra parte. Si se nos permitiese, á nosotros que estamos muy lejos de contarlos entre los hombres predestinados que resolverán esas grandes cuestiones por medio de grandes obras, si nos fuese permitido aventurar una conjetura acerca de lo que ha de acontecer al arte, diríamos que, en nuestro concepto, dentro de pocos años, el arte, sin renunciar á todas sus otras formas, se resumirá más especialmente en la forma esencial y culminante del drama. Hemos explicado por qué en el prefacio de un libro que no merece la pena de ser recordado aquí.

Por eso, también, las pocas palabras que vamos á decir del drama se aplican en nuestro pensamiento, salvo ligeras variantes de redacción, á la poesía entera, y lo que se aplica á la poesía, se aplica al arte en general.

Según nosotros, pues, el drama del porvenir, para realizar la idea augusta que de él nos formamos, para ocupar dignamente su sitio entre la prensa y la tribuna, para representar, como es conveniente, su papel en las cosas civilizadoras, debe ser grande y severo por la forma, grande y severo por el fondo.

Las cuestiones de forma han sido tratadas todas desde hace varios años. La forma importa en las artes. La forma es cosa mucho más absoluta de lo que se cree. Es error creer, por ejemplo, que un mismo pensamiento puede escribirse de varias maneras, que una misma idea puede tener varias formas. Una idea no tiene nunca más que una forma, que le es propia, que es su forma excelente, su forma completa, su forma rigurosa, su forma esencial, su forma preferida por ella, y que brota siempre en *bloque* con ella del cerebro del hombre de genio. Así, en los grandes poetas, nada hay tan inseparable, nada hay más adherente, más consubstancial que la idea y la expresión de la idea. Matad la forma y casi siempre mataréis la idea. Quitad su forma á Homero, tendréis á Bitaubé (1).

De modo que, todo arte que quiere vivir, debe comenzar por proponerse bien á sí mismo lo relativo á forma, lenguaje y estilo.

En este concepto se han realizado grandes progresos en Francia desde hace diez años. La lengua ha recibido una transformación profunda.

Y para que nuestro pensamiento sea claro, permítase-nos indicar aquí en algunas palabras las diversas formaciones de nuestra lengua, que merecen la pena de ser estudiadas, á partir del siglo diez y seis sobre todo, época en que la lengua francesa comenzó á ser la lengua más literaria de Europa.

Puede decirse de la lengua francesa en el siglo décimo sexto, que es enteramente una *lengua del renacimiento*. En el siglo diez y seis, el espíritu del renacimiento está en todas partes, en la lengua lo mismo que en todas las artes.

(1) Literato francés, traductor de Homero. (N. del T.)